

Hubert Mingarelli

Una comida en invierno

Traducción del francés de
Laura Salas Rodríguez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Fuera había repicado el hierro; estuvo resonando un rato, primero de verdad, en el patio, y luego en nuestra cabeza, mucho más tiempo. No lo oiríamos por segunda vez. Hubo que levantarse de inmediato. El lugarteniente Graaf nunca necesitaba golpear dos veces el hierro. Una luz pobre entraba por la ventana cubierta de escarcha. Emmerich dormía de lado; Bauer lo despertó. La tarde tocaba a su fin, pero Emmerich pensó que era por la mañana. Se enderezó en la cama, mirándose las botas; parecía no entender por qué había dormido toda la noche con ellas puestas.

Durante ese tiempo, Bauer y yo nos habíamos calzado las nuestras. Emmerich se levantó y fue a mirar por la ventana, pero como no se veía nada por culpa de la escarcha, siguió intentando desenmarañar la noche del día. Bauer le informó de que era por la tarde y de que Graaf nos llamaba.

—¿Otra vez? —gruñó Emmerich—. ¿Para qué? ¿Para que nos muramos de frío?

—Date prisa —le dije.

—Sí, claro —me respondió Emmerich—; darse prisa para ir a quedarse pajarito.

Pensábamos lo mismo que él. Toda la compañía lo pensaba. ¿Por qué tenía que reunirnos fuera el lugarteniente

Graaf? ¿Es que a él no le asustaba el frío? También podíamos escuchar al calor, de pie ante nuestros catres, lo que tuviese que decirnos. Seguro que no le parecía lo bastante solemne hablarnos dentro del gimnasio. Había mandado colgar una placa de hierro de un poste de teléfono y, aún más que el frío que nos esperaba fuera, odiábamos el ruido que hacía cuando él la golpeaba, aquel tintineo siniestro. No nos quedaba otra que obedecer las órdenes, pero hacía falta valor para salir con aquel tiempo.

Nos pusimos el abrigo, nos enrollamos bien las bufandas alrededor del cuello y las anudamos por detrás. Luego el pasamontañas de lana. Cuando salimos al patio del gimnasio íbamos cubiertos por completo, a excepción de los ojos. Bauer, Emmerich y yo fuimos los últimos.

Estábamos acostumbrados, sabíamos lo que nos esperaba, y aun así el frío seguía sorprendiéndonos. Parecía que penetrara por los ojos para extenderse después por todos los rincones. Como agua helada que entrase por dos agujeros. Los otros ya estaban allí, en fila, tiritando. Y mientras buscábamos sitio entre ellos, nos murmuraban que éramos unos capullos por hacer esperar de esa manera a toda la compañía. No dijimos nada, nos colocamos en nuestro lugar, y cuando todos dejaron de golpear el suelo con los pies para calentarse, nuestro lugarteniente nos dijo que ese día iban a llegar algunos, pero seguramente tarde, de modo que se preveía trabajo para el día siguiente y que aquella vez le tocaba a nuestra compañía. Y yo pensaba, todos pensábamos: ¿y eso no podía habérmolo contado dentro?

Por lo demás, Graaf no sabía qué impresión nos causaba el hecho de que fuesen a llegar. No podía ver si murmurábamos por debajo de los pañuelos. Lo único que veía eran nuestros ojos. Y desde tan lejos, tampoco podía saber de antemano quién se declararía enfermo al día siguiente.

No nos había dicho cuántos iban a llegar. Sabía que a nosotros no nos daba igual ocho que ochenta, sabía que el número era importante. Porque si llegaban muchos, era de temer que empezásemos a declararnos enfermos esa misma noche.

Nos hizo una señal, nos dio la espalda y se marchó hacia la casa donde se alojaban los oficiales.

Ya podíamos romper filas y regresar al calor, pero no lo hicimos. Nos quedamos allí. Un momento antes habríamos dado cualquier cosa por no tener que salir, y sin embargo ahora esperábamos antes de volver a entrar. Quizá fuese por el trabajo que nos aguardaba al día siguiente. O por que ya estábamos helados por dentro, de modo que unos minutos más carecían de importancia.

Los que se ocupaban aquel día de la estufa aprovecharon que estaban ya fuera para ir a llenar de carbón los cubos. Bauer y yo mirábamos hacia la casa de los oficiales, que al parecer tenía una bañera, y justo estábamos hablando de eso cuando se oyó el tintineo del hierro. Yo le estaba diciendo a Bauer que, antiguamente, estaba ahorrando para instalar una bañera. Usábamos a menudo aquella palabra. Decíamos a menudo «antiguamente», de broma, pero también un poco en serio. Emmerich se dirigió hacia nosotros. Intentó ocultarnos su estupor. Tenía ojeras de haber estado durmiendo durante el día.

Entramos y fuimos a sentarnos en la cama de Bauer. No hablamos del trabajo que nos esperaba al día siguiente. Pero a fuerza de no hablar del tema estábamos como en ascuas.